



ANDREA LONGARELA

El color de las cosas invisibles

CROSS
BOOKS

ANDREA LONGARELA

El color
de las
cosas
invisibles



HOY

Rain

En Londres llueve una media de ciento seis veces al año. Puede parecer mucho, pero no lo es tanto. Tenemos una fama horrible cuando, si te paras a estudiar los datos, en ciudades como Copenhague o París nos superan.

A mí me gusta la lluvia. Como buena londinense me he acostumbrado a vivir con la carga de un cielo plomizo sobre mi cabeza. Excepto cuando el agua cae de esa forma que parece que atraveses con el coche una cascada infinita. A esta tortura climática nadie con un mínimo de cordura podría habituarse.

—Mierda.

Apenas veo el desvío que me indica el camino de entrada a la casa. A lo lejos vislumbro una inmensa edificación de piedra. Dos plantas. Una gran cristalera a través de la cual se intuyen el salón y las llamas de una chimenea. Las luces están encendidas, lo que me hace de guía mientras atravieso el camino embarrado entre árboles centenarios. Se me ocurre al instante una metáfora de lo más certera: una chica bajo la lluvia refugiándose en la guarida de una bestia primitiva. No es por la oscuridad que me rodea ni por la sensación de apocalipsis provocada por la peor tormenta en décadas, sino

porque un fin de semana con mis antiguos compañeros de instituto es lo más parecido a ser atacada por una hidra con tantas cabezas como invitados. Y no quiero pensar en él, pero su rostro me lo imagino más grande y despiadado.

Aparco lo más cerca posible de la casa y mi teléfono sueña sobre el asiento del copiloto. Sonríó al ver el nombre de mi mejor amiga y el motivo de que hoy esté aquí, en un rincón perdido de la campiña inglesa y a punto de reencontrarme con el pasado.

—Holly.

—¿Rain? ¿Dónde estás?

—Frente a la casita de cuento que has alquilado. Tenías razón, esto parece sacado de una novela de Jane Austen.

—Oh.

Su voz se queda a medias y me recorre el cuerpo un mal presentimiento.

—¿Cómo que «oh»?

—Lo siento, cariño, pero no podremos llegar hasta mañana. Han cortado algunos tramos de carretera por la tormenta. El tráfico está imposible para salir de Londres. He intentado llamarte antes, pero fallaba la cobertura.

Aprieto el volante entre los dedos y apoyo la frente en el centro. Cuando alzo la mirada, la clavo en la imagen que me devuelve el espejo retrovisor. La lluvia es aún más fuerte y apenas distingo el camino de vuelta. Maldigo por haber salido tan pronto de Cambridge con la estúpida intención de llegar la primera, conocer el terreno y de esa manera sentirme preparada para cada encuentro; la simple idea de aparecer la última y recibir toda la atención me aterrorizaba. Mucho más si se trataba de la de él. ÉL. Con mayúsculas y signos de advertencia.

«No tomes té a partir de las cinco, Rain.»

«No aceptes ese chupito, Rain.»

«No te acerques nunca más a Jack, Rain.»

Mi cautela ahora me parece una tontería tan grande que me avergüenzo.

—¿Me estás diciendo que tengo que irme a casa, *Holly Polly*?

Se siente tan culpable que ni siquiera le molesta que me dirija a ella por ese mote que tanto odiaba en el instituto.

—¡No! Puedes quedarte. Aprovecha y disfruta de una noche solo para ti. El dueño lo ha dejado todo listo para que estuviera perfecto a nuestra llegada. Los del *catering* han llenado la nevera esta mañana. La casa está abierta, pero tienes un juego de llaves bajo el felpudo; cierra por la noche, que te conozco y no quiero que acabes protagonizando una película de terror de esas que tanto nos gustan. Y date un homenaje a la salud de los novios, ¡no te cortes, Rain!

Holly se ríe y suspiro, aliviada por no tener que conducir de vuelta en estas condiciones. Me gusta conducir, pero no soy una suicida. Por otra parte, estoy cansada y agradezco su generosidad. Y, por muy mala amiga que me haga sentir, prefiero disfrutar de esta velada en soledad que con mis antiguos compañeros. Si no fuera por lo mucho que la quiero, jamás habría aceptado acudir a este infierno.

—Aún no me creo que vayas a casarte, Holly.

—Yo tampoco. ¿En qué momento me he convertido en la hija que siempre deseó mi madre?

Nos reímos. Me la imagino con esa sonrisa ladeada suya que encandila a cualquiera. Y pienso en las dos niñas que fuimos y que soñaban con crecer de una forma muy concreta. En mi caso, podría decir que cumplí las expectativas, pero en el de Holly... La chica reivindicativa que juzgaba cualquier relación que se aproximara a la idea de una formal, así como los convencionalismos, está a un paso de convertir a uno de los reyes del baile en su marido. Es una locura. Es un final

tan antinatural que me cuesta comprender dónde está aquella Holly que sacaba pancartas en los recreos criticando los ideales románticos impuestos por Disney.

—Estás intoxicada.

Ella se ríe abiertamente. No se esconde. Eso es lo más perturbador de todo.

—¿Por qué siempre hablas del amor como si fuera un virus estomacal? No tengo la salmonela, Rain, solo estoy enamorada. Tan enamorada de ese cabeza de chorlito que estoy dispuesta a soltar palomas mensajeras después de la ceremonia para darle el gusto a su madre.

—¿Palomas mensajeras?

—Sí, con versos. Shakespeare. Byron. Ya sabes.

Me muerdo los labios para contener una carcajada. Supongo que esa Holly se quedó tan atrás como la Rain que llevaba boinas de estilo francés para hacerse la interesante. Si destruí cualquier prueba de mi versión bohemia, ¿es posible que tampoco quede ya nada de aquella Holly?

—Si se pudiera viajar en el tiempo, tu yo del pasado vendría a darte una enorme patada en el culo —le digo.

—Pero aún no se puede. El doctor Hadaway lo deja bien claro en su última publicación científica.

Que nombre a mi padre y lea sus artículos me ablanda tanto que noto un nudo en la garganta.

Pese a que todo ha cambiado hasta tal punto que ya ni nos reconozco, echo de menos no verla más a menudo y, aunque el novio no sea de mi agrado (en ocasiones aún sueño que lo atizo con una malla de naranjas mientras corre por las pistas de atletismo del instituto), me alegra profundamente saber que la hace feliz.

—Nos vemos mañana, Holly.

—Lo estoy deseando, cariño.

Cuello el teléfono y lo dejo caer dentro del bolso. Luego

me pongo la cazadora sobre la cabeza y bajo del coche. Al llegar al porche estoy tan empapada que tiemblo y maldigo por no haber cogido la maleta; tendré que dormir con lo puesto y salir a por mis cosas cuando amaine. Me olvido de las llaves y abro, sintiendo como la humedad se me cuela enseguida bajo la ropa. Sin embargo, en cuanto la calidez del hogar encendido me recibe, los escalofríos desaparecen y una sensación de lo más agradable me inunda. Sin esperarlo, me veo sonriendo. Me quito los zapatos y el abrigo en el recibidor y observo con los ojos como platos el regalo que Holly y Mason nos tenían preparado.

La casa es una preciosidad. El salón es inmenso, de techos altos, grandes ventanales y un estilo de lo más acogedor. Los muebles son de madera maciza y dos sofás alargados de color crema enmarcan la chimenea. Una gran alfombra de pelo blanco invita a sentarse frente al fuego, y no me cuesta imaginarme allí leyendo un libro con una copa de vino mientras las llamas me encienden las mejillas. Al otro lado del salón se encuentra la cocina. El espacio es diáfano y las estancias solo están separadas por un muro de piedra. Sobre la isleta hay cestas con fruta fresca y bollería. Cuando abro la nevera se me hace la boca agua y me digo que debo darle las gracias a Holly.

Correteo hacia las escaleras con la intención de elegir cama y saltar sobre ella hasta cansarme, pero apenas he subido un tramo cuando la puerta se abre. Me giro con el corazón desbocado y en los siguientes segundos medito las posibilidades:

1. Como bien me había advertido Holly, soy una estúpida por no echar la llave y voy a ser víctima de algún asesino en serie de la zona. Mis órganos internos ensangrentados romperán la blancura irreal de esa preciosa alfombra. Menuda lástima.

2. El dueño se ha dejado el chaquetón y ha regresado a buscarlo. Es muy guapo y puede que vivamos un tórrido romance frente al calor de esa chimenea de cuento.
3. Todo es una broma de Mason, el prometido de Holly, que tiene el humor básico de una cría de chimpancé, y es el grupo al completo entre risas el que entra para joderme la noche y la existencia.

Y, pese a que dos de ellas suponen una tortura (real o metafórica), las preferiría antes de lo que me encuentro al otro lado de la puerta:

4. Jack.

La persona a la que menos deseo ver en el mundo.

Se me corta la respiración y noto calor, y rabia, y tantas cosas que me agarro al pasamanos con fuerza para no tambalearme. Tal vez porque soy consciente de que, si en este instante lo odio con tanta intensidad, solo puede ser por todo lo que lo quise.

Él se sacude el pelo empapado y se retira los mechones de la cara. Luego alza el rostro y clava sus ojos en los míos antes de sonreír como solo puede hacerlo un demonio.

—Cordelia Rainbow, qué inesperado placer...

Jack

Pronuncio su nombre como si lo paladeara. Despacio. Con los ojos entrecerrados y una sonrisa traviesa.

«Cordelia Rainbow.»

Un puto caramelo entre los dientes. Uno dulce, aunque envenene tanto como esa mirada que me está dedicando por llamarla así. Me estudia de arriba abajo con rapidez. Sus ojos negros, tan abiertos que la oscuridad me atrapa. Sus labios fruncidos en una línea fina que les hace perder ese tono rosado tan característico. Su cuerpo de muñeca, tan tenso que parece de cristal. Pero Rain no tiene nada de frágil. Rain está hecha de un material de otro planeta. Rain es una marciana perdida en la Tierra.

Baja las escaleras a la carrera y me fijo en que está descalza; me quito las deportivas encharcadas y las dejo bajo un radiador en la entrada, junto a sus zapatos de cordones. Luego la sigo hacia el salón y la observo sin disimulo para averiguar si es la misma de entonces o si hay en ella nuevos detalles por el paso del tiempo. ¿Cuántos años han pasado? ¿Dos o quizá tres desde la última vez? La vida vuela, pero los recuerdos... Ay, lo que escuecen los jodidos recuerdos.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? ¿No te ha avisado tu esbirro de que se ha pospuesto la fiesta hasta mañana?

Sonrí por la forma en la que se refiere a Mason. Nunca se han gustado y no lo esconde. Para bien o para mal, Rain solo oculta las cosas que de verdad le importan.

Niego con la cabeza. Ella pone los ojos en blanco y se coloca un mechón detrás de la oreja.

—Entonces ¿por qué has venido tú, si lo han anulado? —le pregunto.

Se gira con brusquedad y me da la espalda. Tiene la melena mojada por la lluvia y las puntas le calan los hombros. Mis dedos reviven el tacto de su pelo húmedo. De eso ya hace siglos y mis yemas aún lo sienten como si el paso del tiempo no existiera.

—Holly me ha invitado a quedarme esta noche. Sola.

Rain remarca la última palabra, pese a que resulte obvio que estamos aquí porque somos los únicos cuyo viaje se iniciaba al otro lado del mapa. De lo que deduzco que, o no la han avisado para que diera media vuelta, o lo han hecho demasiado tarde.

—¿Privilegios por ser la mejor amiga de la novia?

—Alguno debía de tener... —masculla entre dientes sin ocultar el castigo que supone para ella este fin de semana.

Sigue siendo tan altiva como la recordaba, aunque no sea consciente de esa superioridad que desprende. Quizá por ello lo parezca aún más. Con Rain siempre tienes la sensación de ir un paso por detrás. De que la vida es un enigma que solo ella sabe descifrar.

—Ya veo. Un premio por mezclarte con los mortales.

Finjo una reverencia exagerada y maldice antes de dirigirse a la cocina. Según camina, su culito respingón me demuestra que otras cosas no han cambiado en absoluto...

Sacudo la cabeza para borrar el recuerdo de sus bragas de princesa y enciendo el teléfono. Lo apagué al salir de Manchester y la idea de dejarlo así hasta el domingo era muy

tentadora, pero con Rain y su mirada desdeñosa imagino que lo mejor es ponerme al día de lo que sea que haya ocurrido.

Con el mensaje de Mason empiezo a encajar las piezas.

Mason: Tío, no sé si será otra señal más de que la boda es una locura, pero esta jodida tormenta nos ha complicado salir de Londres. Posponemos la quedada a mañana.

Guardo el teléfono y me siento en uno de los taburetes que rodean la isleta. Desde aquí tengo una visión privilegiada de Rain y su vena más neurótica. Abre las puertas de los armarios sin cesar. Remueve el interior de los cajones sin aparente sentido. Cuela la cabeza en la nevera y balbucea algo incomprensible antes de cerrarla con fuerza. Camina de un lado a otro. Camina. Camina. Camina. Me odia en silencio. Me odia a media voz, murmurando sus ganas de largarse de aquí. Se muerde una uña pintada de un azul muy oscuro, casi negro. Rain siempre viste de negro. Miento. No siempre. Cuando te acostumbras a sus vestidos de cuello alto y medias tupidas, aparece con un pantalón amarillo que no puedes dejar de mirar. O con una camisa de estampado estrambótico capaz de provocar dioptrías. Lo que sea. Pero te sorprende y te preguntas si la chica que creías conocer es como pensabas y cuánto más ocultará. Esas son las personas que marcan. Las que, cuando te convences de que es imposible que te impresionen de nuevo, te desestabilizan con una corona de flores en la cabeza para acudir a un entierro.

Hoy sí va de negro. Lleva una faldita corta y un top ajustado. No hay escote. Las mangas le cubren hasta el codo. Las medias parecen brea. Apenas se ve piel. Se ha pintado la raya de los ojos y se ha olvidado del carmín.

Y, sin embargo, es sexi a rabiar de un modo soez. La muy condenada.

Yo no me muevo. Solo sonrío. Y pese a que nadie pensaría en este instante que esta chica arrogante y antipática pueda merecer la pena, yo un día descubrí que era la criatura más fascinante del planeta. Y la miro porque sé que le molesta. La pongo nerviosa. Da igual los años que pasen. Da igual las vueltas que dé la vida. Porque cuando Rain y yo nos cruzamos ocurre algo. Siempre. Aún no sé si bueno o malo. Y nos cruzamos constantemente.